







SIGO SIN SABER DE TI

CHAI EDITORA



Peter Orner

SIGO SIN
SABER DE TI

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Orner, Peter

Título original
Still no word from you. Notes in
the margin.

© Del texto, Peter Orner, 2022

© De esta edición, Chai Editora, 2023

© De la traducción, Damián Tullio, 2023

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
César Adrián

Diseño de identidad, web y colección
Lamas Burgariotti

Primera edición
Septiembre 2023

ISBN: 978-84-124982-8-8

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

www.chaieditora.com



Para Katie, Phoebe y Roscoe
Para Rhoda y Dan Pierce



*Y el sol que había asomado en la mañana caería de rodillas por
la tarde.*

Vieve Francis, "Loving Me"

Eres tonto. Anda, dale a los pedales, que se hace tarde.

Primo Levi, *El sistema periódico*



Amanecer



1

Las casas recuerdan
Edna O'Brien

Mi madre y yo vimos al helicóptero de Richard Nixon elevarse lentamente en el televisor blanco y negro de la cocina. Mi madre estaba lavando los platos. En un momento dejó de hacerlo, pero sus manos permanecieron dentro del fregadero. Era la cocina de la casa de la avenida Hazel. Esa casa que ya no existe. Lo que recuerdo no es tanto su expresión como el hecho de que haya dejado las manos en el agua espumosa, quietas, sin fregar nada. Había algo en esa quietud repentina, en esas manos impávidas sumergidas en el agua. Quizás en ese momento no pensaba en Nixon en lo más mínimo. ¿Hacia dónde miraba? Seguro que no hacia la tele. Miraba el jardín. La casa sobre Hazel tenía un patio trasero con un muro bajo de ladrillos que lo rodeaba. Yo solía saltar esos muros y aterrizar en el césped. El césped del patio de esa casa era mullido, de un verde exultante. Si tomabas un poco y lo arrancabas, crujía. Daba ganas de comerlo. No sé en qué mes de 1974 renunció Nixon. Podría revisarlo. Es extenuante esta posibilidad de revisar y saberlo todo con un par de clics. Digamos que era primavera cuando Nixon renunció, casi verano, y si me equivoco que así sea, pero ese césped tenía el verde profundo de los últimos días de mayo, se notaba especialmente bajo la sombra larga de nuestro plátano. Mi madre miraba por la ventana. Todavía faltaba casi una década para que abandonara esa casa en la avenida Hazel con mi hermano y conmigo a cuestas. Pero había algo elocuente en esa mirada. Como si ella ya no estuviera allí. Algo en mi madre, en el sonido del chapoteo de sus manos, en la forma en que fregaba y, luego, en su quietud.

2

En una escena de “Anochecer”, de James Salter, una mujer mira una vidriera y ve el pasado. Es una oración breve. “Parecía haber viajado años atrás”. Un atisbo de pasado que asola el presente, que acecha, siempre, en las sombras. La señora Chandler es la única cliente de la pequeña tienda, mira a través de la ventana a los coches que pasan. Tiene una cebolla en la mano. Empezó a llover. Recuerdo exactamente dónde estaba cuando leí esta escena por primera vez. Estaba en la biblioteca de la Universidad Estatal de San Francisco. ¿Fue en 2004? ¿2005? Esos años de docencia me mantuvieron cuerdo. Aunque en ese momento creía lo contrario y el sonido de mi propia voz me daba vergüenza. Mi parloteo constante, mi prédica sobre las bondades de la ficción me mantuvieron anclado, aunque sea brevemente, a la realidad, a la existencia de los otros. Si no hubiera sido así, me habría perdido, no sé dónde habría terminado.

Estaba llegando tarde a la clase que tenía que impartir. No había terminado de leer el cuento así que caminé con el libro en la mano. Sonó la alarma. Seguí caminando. Nadie me persiguió. Todavía tengo aquella edición de tapa dura color naranja que robé, la grasa de mis dedos sigue impregnada ahí.

La señora Chandler se niega a hacer las compras en la tienda enorme al costado de la autopista. Sigue yendo a comprar al pequeño almacén del centro. Aunque ya no compra muchas cosas. Como siempre, Vera Pini está atornillada a la caja registradora. Vera le dice a la señora Chandler que trajeron un *brie* muy bueno. La señora Chandler pregunta si realmente es tan bueno. Sí, dice Vera, es muy bueno.

Las primeras gotas de lluvia corren por el cristal.

Mire, dice Vera, ahí empezó.

Y ahí es cuando la señora Chandler, vestida de punta en blanco, mira por la ventana y ve una escena de años atrás. Hay más que eso en el cuento. Como siempre. Pero, últimamente, son esas pequeñas cosas las que me atraen de un cuento, esos momentos en que todavía no es del todo un cuento. Como si estuvieran acomodando todo antes de que lleguen los espectadores. *El jardín de los cerezos*, por ejemplo, empieza así: *Una habitación que todavía llaman “el cuarto de los niños”. Una de sus puertas abre sobre la alcoba de Ania. El sol está próximo*

a salir. Es ya mayo... Los espectadores se acomodan en sus asientos, guardan los programas, y nunca escuchan estas líneas. Nunca nadie las pronuncia. Apenas son un susurro al lector.

Una mujer sostiene una cebolla. Mira por la ventana y ve una vida que se le escapó. En esa vida, su marido e hijo solían recogerla en la estación de tren. No recuerdo si desde donde está puede ver la estación o no. Tampoco estoy seguro de que importe demasiado. Todo está a la distancia. El narrador nos dice, con una omnisciencia insoportable, que nunca más nadie deseará a la señora Chandler, nadie volverá a amarla, pero –insisto– estamos en el instante en que el cuento justo se está volviendo un cuento, un cuento triste, predecible y lo único que me interesa en este momento son esas notas preliminares, ese queso tan bueno, esas primeras gotas de lluvia sobre el cristal. Mira. Ahí empezó.

3

Durante la Segunda Guerra Mundial el padre de mi madre estuvo en la Defensa Civil. Vivían en Fall River, Massachusetts. La pistola que llevaba parecía de juguete. Su responsabilidad principal era que sus vecinos de Fall River tuvieran las ventanas bien cubiertas durante la noche para que no pasara la luz. Caminaba por las calles de su barrio –desde la calle Robeson hasta Dudley, y de ahí a la avenida Highland– en busca de cualquier resquicio de luz. Nunca lo mandarían al frente. Le habían dado la clasificación 4-F. Problemas de espalda, pies planos. Mi madre me contó que había pintado un viejo casco de fútbol americano de plateado y practicaba una mueca marcial, jerárquica, en el espejo del baño. Si en alguna de sus rondas nocturnas llegaba a ver aunque sea un hilo de luz detrás de las cortinas, marchaba hasta la puerta, golpeaba con autoridad y les informaba a los transgresores, sin ambigüedad, que su actitud no solo era negligente sino que ayudaba a la *Luftwaffe* proveyéndoles un blanco, una oportunidad, una guía. ¿Quedó claro?

El abuelo Freddy era un tipo parco, de buenos modales, pero en el momento en que le das un arma y una misión a un hombre, aunque sean nimias, este se convierte en un férreo vigilante de los jardines ajenos.

Aunque nunca fue a la universidad –mis abuelos de Fall River tenían diecisiete años cuando se escaparon de casa para poder casarse y Freddy tuvo que ponerse a trabajar de inmediato– se consideraba a sí mismo un intelectual. En mi biblioteca tengo su ejemplar de las *Obras Completas* de Shakespeare, impresas en una letra tan diminuta que había que usar una lupa para leerlas. En muchas páginas hay anotaciones al margen, notas para sí mismo. Su caligrafía ahora es borrosa, ilegible.

Mi abuelo hacía la ronda. Mientras pienso en cómo debía caminar por las calles silbando alegremente, se me ocurre que podría haber sido un Otelu judío con problemas de espalda. *Apagaré esta luz... y luego aquella.*

Realmente amaba esas indicaciones urgentes, susurradas, que daba a los vecinos. No porque disfrutara regañar a la gente o ensañarse sino porque, en medio de la noche, cada vez que tocaba una

puerta no solo esperaba que lo atendieran sino que le prestaran atención, que lo escucharan, a él, a Fred Kaplan, explicándoles cómo son las cosas. ¿No lo ve? Van tras nuestras luces. Tenemos que retener la luz, por un tiempo al menos, no para siempre. Lo imagino con su tonto casco plateado. Y su pequeña pistola en el bolsillo. De hecho, la tengo aquí, en un cajón. Lo imagino con su barriga, con pantuflas desgastadas. Solía trabajar en la tienda de muebles de su padre. Un día la tienda sería suya. Poco después, en la década de 1960, el Estado de Massachusetts trazó la autopista I-195, que atravesaba el centro comercial de Fall River como una lanza. Manzanas enteras desaparecieron. La sede del gobierno municipal, el hotel Mellen y Muebles Kaplan. Dijeron que traería más movimiento a la ciudad. Mi abuelo dijo: ¿Una autopista traerá más clientes? Nos van a saludar con la mano mientras siguen camino a Providence. Toda esa destrucción sin sentido terminó con su vida. Pero durante la guerra fue el tercer o cuarto mejor vendedor de la tienda. Tenía treinta y seis años. Fichaba todos los días y seguía tratando a su padre de “señor”.

4

A mi padre le gustaba contar la historia de cuando dos niños irlandeses lo persiguieron por su viejo vecindario en Rogers Park gritándole “moishe” y “judío asqueroso”. O algo así, papá no recuerda del todo. Lo dice como si fuera cosa de todos los días. Y él entró en el juego. Como buen pequeño judío, corría como el demonio. Cuando lo agarraron lo tiraron al suelo y no mucho más. Nada mal, lo suficiente para que el asunto fuera creíble. Le daban la bienvenida a la ciudad en la que había nacido hacía ocho años. ¿Se entiende?, diría papá. *Me persiguieron dentro de Rogers Park, pero nunca me echaron fuera. Hay una diferencia. A otros, por supuesto (lo sabes tan bien como yo), los persiguieron hasta las puertas del infierno. Y los dejaron ahí. ¿Quieres saber cómo funciona Chicago? Así es como funciona...*

Me estoy quedando sin anécdotas. Para empezar ya eran pocas, y cada vez me quedan menos. A mi padre lo persiguieron hasta la esquina de las calles Fargo y California dos pequeños O'Malleys que ignoraban lo que era un judío tanto como eran incapaces de imaginar que ochenta años después alguien (yo) iba a pensar sobre todo esto tirado en la cama de su casa de Vermont, con su hija durmiendo a su lado. Deben estar muertos. Tan muertos como el niño al que perseguían. A veces me duermo después de leerle un cuento a mi hija y después de un rato me despierto y busco en la oscuridad un bolígrafo y un pedazo de papel. Últimamente, escribo lo que ya escribí. Hay cuentos que no se pierden, sino que se repiten hasta desvanecerse.

Lo sé, papá. Una persecución puede ser una iniciación.

Siempre lo contaba como si fuera algo que hizo para poder contar luego. Así se siente que te persigan durante una tarde de finales de verano. Ese año, su padre, mi abuelo, todavía estaba en el Pacífico. (Un capitán de la armada judío. Aunque él no lo hacía, mi abuelo siempre me decía que de eso sí se podía alardear).

Eran solo dos niños que perseguían a mi padre entre los matorros altos de la acera y los coches aparcados. Dos pequeños vecinos dando una bienvenida poco convencional.

5

Cuando le cuento a la gente que me desheredaron me miran como si se hubiera muerto alguien. Efectivamente, alguien murió: mi padre, aunque me gusta aclarar que ya lo superé, al menos la parte relacionada al dinero. Antes de que él muriera, yo solía decir que no aceptaría ni un centavo que quisiera darme, ni uno. Lo cierto es que esa era mi postura antes de leer la parte del testamento en la que especificó al detalle que mi hermano y yo no debíamos recibir nada. No hizo falta revisar mucho. Lo decía en el primer párrafo. En ese momento, perdí cualquier tipo de convicción respecto a renunciar a cualquier herencia.

Lo detestas hasta que te lo niegan, entonces lo deseas. ¿No es eso lo increíble del dinero?

La semana pasada leí un poema de Amy Clampitt que me hizo recordar mi hipocresía. Tampoco es que haga falta mucho. Las palabras “herencia”, “legado”, “patrimonio”, “impuesto *post mortem*”, “amor paterno” y “Don Jr.” siempre funcionan como disparadores.

En “The Prairie” (“La pradera”) Clampitt hace referencia a una novela corta de Chéjov en la que un judío tira los 6000 rublos que heredó de su padre a una fogata. He ahí un hombre. Esto es lo que pienso de tu sucio dinero. El equivalente a 6000 rublos de 1870 serían algo así como 460 dólares, lo que, ajustado por inflación serían algo así como 8317,23. Esto según cálculos de Dimo_23 en Reddit, que se especializa en convertir divisas del siglo XIX a valores actuales.

Clampitt escribe:

No importa lo inapetente que te creas, ahí te va
un escándalo. Seis mil rublos...

La novela corta a la que hace referencia es *La estepa* y el pirómano de herencias se llama Salomón. Su hermano, Moishe, un hostelero, está lógicamente perturbado. Se limita a gritarle: “Salomón, si el dinero te parecía tan sucio ¿por qué demonios no me lo diste a mí?”.

Para peor, Moishe tiene que darle trabajo a su hermano, que no tiene un centavo. Le ofrece un trabajo en el hostal. ¿Para qué tenemos hermanos, si no?

El poema de Clampitt es épico, contiene multitudes, ocupa once gloriosas páginas y cubre un campo geográfico y generacional vasto.

La poeta va de su propia vida en Manhattan hasta el deambular de su abuelo a lo ancho del país, desde Iowa hasta las Dakotas, y después al oeste, California, y de vuelta a Iowa.

Allí insinúa una coincidencia mundana: su abuelo nació el mismo año que Chéjov, en 1860. Su abuelo en una granja en Iowa, Chéjov en la ciudad portuaria de Taganrog. Y a pesar de eso, en su poema contempla las similitudes inaparentes entre la pradera estadounidense y la estepa rusa. Esto la lleva a hablar de Salomón, el personaje de Chéjov, que se burla de todos al prender fuego su herencia.

Qué cosa el dinero. Son pocos los que creen, de verdad, que se puede vivir sin él. Pero muchos menos son los que lo logran. Si hasta Salomón tiene que tragarse su orgullo y trabajar para comer y dormir bajo un techo. Así y todo, el poema de Clampitt trata, en definitiva, sobre los cuentos que arrastramos por generaciones y no sobre el dinero que heredamos. Ella rememora la breve aventura de su abuelo hacia la Costa Oeste, la tierra prometida. Duró solo dos años y se volvió al Medioeste. California le daba migraña. Somos lo que somos, no lo que queremos ser. El hombre llevaba a Iowa en la sangre.

¿Qué podía hacer ahí un sucio granjero?
¿Cuáles de las cosas que aprendió podría llevar a la práctica?

Amy Clampitt publicó su primer libro recién a los sesenta y tres años. Sabía perfectamente de qué se trataba eso de vagabundear de un lado al otro, de un trabajo al siguiente. Me gusta pensar que durante todos esos años estuvo guardándose detalles. Nuestros detalles, nuestra herencia.

Todos los días durante cincuenta y cuatro años mi padre condujo su coche hasta su oficina en la calle LaSalle, en Chicago. Que los otros padres, esos perdedores, se tomaran el tren y leyeran el periódico. A mi padre le encantaba esperar en el tráfico de la autopista Kennedy, como un rey exiliado. En invierno usaba un gorro de piel ruso, muy alto. Mi hermano solía decir que cuando se lo ponía parecía el hermano de Leonid Brézhnev.

6

Mi mamá escribió una sola palabra (con un lápiz fino) en el margen de la página veintinueve de su ejemplar maltrecho de *Un Coney Island de la mente*, de Ferlinghetti. Como si no hubiera querido marcar el libro pero tampoco pudiera contenerse. El poema trata sobre la madre de Chagall, de cómo le rogaba que no dejara que el caballo se comiera el violín, aunque aun así él:

Siguió
pintando

Al lado de la palabra *pintando*, en el margen derecho, tenue pero aún visible después de más de sesenta años, mi madre había escrito en mayúsculas: ¡SÍ!

No puedo saber por qué ese verso en particular le produjo la necesidad de responderle al poema. Quizá le pareció osado por parte de Chagall dejar que el caballo se comiera el violín. Mi madre tampoco le hacía caso a su mamá.

Durante las décadas de 1950 y 1960 todo el mundo hablaba de *Un Coney Island de la mente*. El ejemplar de mi madre, la edición de tapas blandas de New Directions, había sido publicado en 1958. La trigésima segunda impresión, según indica la página de créditos. La tapa en blanco y negro ya es célebre, una foto de lo que supongo es Coney Island de noche. Unos edificios se erigen en la oscuridad, como decorados por las luces. Hay algo fantástico respecto de la foto, como si insinuara un carnaval maravilloso, hedonístico. Lee esto y únete a la nave de los locos. El ejemplar de mi madre estaba hecho pedazos, las páginas ya no crujían sino que estaban casi traslúcidas de tanto pasarlas.

La anotación databa de 1959. Fue el año en que mi madre dejó sus estudios en el Simmons College para casarse con mi padre, escaparon de Massachusetts juntos y llegaron a Chicago. (Se conocieron en un curso de verano en Harvard, lo que me permitió jactarme durante años. ¿Mis padres? Ah, sí, se conocieron en Harvard...)

Ella tenía veintiún años. Él tenía veintitrés. Después de una boda fastuosa en Fall River –los padres de mis padres pagaron un avión para que todos sus amigos de Chicago llegaran al este– se instalaron en un pequeño apartamento en North State Parkway, en Lincoln Park.

Por Dios, mi madre nunca había visto cosa semejante a Chicago. El trajín la deslumbró. No solo la enorme cantidad de gente, de cuerpos en todas partes; no solo la expectativa que se sentía en las calles en un día ajetreado, no solo los gritos, ni las bocinas, ni las risas, ni las sirenas, sino un pulso que mi madre percibía por debajo de todo ese ruido, una energía que parecía emanar de ese lago que acechaba a pocas calles de su apartamento. El lago Michigan era radiante, esplendoroso y a la vez, especialmente de noche, se sentía amenazante e insondable. Poco tiempo después, mi madre empezó a sentir eso respecto de la ciudad en general, la veía como un lugar donde cualquier cosa era posible. Fall River era una ciudad moribunda que apenas sobrevivía a costa de su último éxito de la época en que todos querían el algodón que se cosechaba allí. Había tanto que podías darle mil vueltas al mundo con él. Chicago no rememoraba ningún pasado glorioso. No lo necesitaba, y además ¿qué había para rememorar? ¿La época en que fue un pantano con olor a cebolla? Chicago era el futuro. Y de alguna manera, mi madre siempre experimentó el mundo así: un lugar que nunca debe permanecer quieto.

Es probable que haya comprado su ejemplar de *Un Coney Island de la mente* en esa ciudadela del libro monumental, vasta y ahora abandonada llamada Kroch & Brentano's sobre la avenida Michigan, un edificio de cinco pisos lleno de libros, luces, y libros, más libros y un poco de libros. Mi madre no era una *beatnik*. Se casó con un abogado con un futuro promisorio y vivieron juntos en un edificio con otros jóvenes profesionales de su edad, también casados. Era, sí, una demócrata de Kennedy, pero no, no era *beatnik*. No estoy seguro de que supiera qué significaba ser *beatnik* tampoco, pero debe haber oído algo sobre el libro de Ferlinghetti y esos hermosos personajes alocados de San Francisco, como Ginsberg, y debe haber querido probar algo de todo eso. Lo compró y lo llevó a casa.

Tú y yo podríamos ser algo de verdad.
Wow, respondo.
Aunque la mañana siguiente
veo que tiene una dentadura horrible
Y me dice que odia
la poesía

Puedo escuchar las risas de mamá leyendo esto en Chicago, en 1959. ¡Una dentadura horrible y odia la poesía! Mi madre tenía

veintiséis y lo estaba pasando genial. ¿Fue Ferlinghetti un gran poeta? Por más encantador que me parezca debo decir que no, nunca lo fue. Pero hizo reír a mi madre.

Wow, respondo.

Benditos los poetas que nunca llegaron a ser geniales.

En la esquina del apartamento de mis padres había un bar llamado The Buttery. Estaba en la intersección de North State y Goethe. En Chicago se pronuncia: Gue-di. La pronunciación correcta que se vaya a la mierda. The Buttery estaba dentro del hotel Ambassador West, mi madre solía ir con unas amigas que había hecho en la Alianza Francesa. Mi madre, que no hablaba una palabra de francés, se unió al grupo gracias a la invitación de una vecina intelectual. Una vez me dijo que al Buttery se iba con vestido negro. Un vestido sin mangas negro. Para hablar sobre Francia.

Los maridos no estaban invitados a esas reuniones. Debía ser embriagador. Una iba al Buttery a mirar y a ser mirada. Me imagino a mi madre volviendo a casa luego de una de esas noches. Se encontraba con mi padre rechinando los dientes mientras dormía. Un poco mareada aún, se tiraba en el sofá de su pequeña sala de estar (en un par de años pondrían allí la cuna de mi hermano) y, con sus tacones altos todavía puestos, leía algunos poemas de *Un Coney Island de la mente*. Siempre prefirió el silencio a la música, pero no puedo evitar musicalizar esta escena en mi cabeza. Quizá suena algo de Coleman Hawkins como para acompañar la atmósfera jazzística de los poemas. En ningún momento se detiene a pensar en mi padre. No existe. Esto no viene al caso pero, justamente, el caso es que nada viene al caso. Lo único que tengo para ofrecer es la imagen de mi madre, joven, aún muy joven, sosteniendo un libro sobre su cabeza mientras lee. Tiene un poco de modorra pero no tiene sueño, diría más bien que está despierta, a lo mejor demasiado despierta.

Una vez, Ford Madox Ford quiso indicarle a Jean Rhys que agregara más pasajes descriptivos en sus cuentos. La palabra que usó fue *topografía*. Un lector, le dijo, necesita saber dónde está parado. Tus cuentos son esqueléticos, le dijo Ford. Son como tú. No tienen suficiente carne. Ford Madox Ford fue el primer editor que le prestó atención a su escritura. Sabía que era distinta a todos y, como la mayoría de los hombres de la época, como la mayoría de los hombres de todas las épocas, se sentía autorizado a moldear la escritura de ella como se le diera la gana. Quería más carne. Así y todo, Rhys quería a Ford. De hecho, en una época lo quiso mucho, de verdad. Él era mayor (ella rondaba los treinta, él los cincuenta) y estaba casado con otra, pero los dos (y a veces más de dos, porque la leyenda cuenta que a veces la esposa de él se les sumaba) se volvieron amantes mientras vivieron en París durante la década de 1920. Pero una cosa es el sexo, los libros, una charla amena con un buen vino de por medio, y otra muy distinta la obra de Jean Rhys.

Ella tomó todo lo que había escrito y eliminó todas y cada una de las descripciones que pudo encontrar. A la mierda con la topografía.

Me refiero a sus cuentos tempranos, los que fueron incluidos en su primera colección, *La orilla izquierda*, publicado en 1927 con un extensísimo prólogo escrito por Ford. Ahí, el autor se toma quince páginas para hablar de sí mismo antes de siquiera mencionar a Rhys. Cuando finalmente lo hace, dice:

Uno quiere, en suma, conectar con algo satisfactorio, y la obra de la señorita Rhys es tan buena, tan vívida, tan extraordinariamente notable la forma en que transmite su pasión, y tan honesta además, que lo único que deseo es estar conectado a ella.

A *La orilla izquierda* le siguieron cuatro novelas. La última de ellas, *Buenos días, medianoche*, apareció en 1939. Y luego Jean Rhys se esfumó, pero no solo de la escena literaria. Desapareció del mapa.

“Vienne”, el último cuento de *La orilla izquierda* debe ser lo mejor de lo que me gusta describir como su período de tierra arrasada. A pesar de sus veintinueve páginas, “Vienne” se lee en un suspiro. La

narradora, Francis, tiene nostalgia de los días en que ella y su marido Pierre vivían a lo grande en Viena. Lo único que le queda son algunas imágenes dispersas en la memoria, de otra gente. Imágenes vívidas de gente que no conoció del todo, como aquella bailarina húngara muy menudita, una chica que podía saltar dos metros en el aire y caer sobre el piso de madera sin hacer el menor ruido.

Después de eso miraba a la gente de otra manera. Porque por fin conocí lo que es tener el amor encendido dentro como una llama, porque era “eso” lo que animaba su baile, esa chispa, esa llama.

“Eso” es algo fugaz. La bailarina agraciada regresa a su hogar en Budapest. Luego, Francis tiene noticias de ella, noticias que Jean Rhys reduce a cinco palabras.

Casada con un barbero. Ron.

Y eso es todo lo que queda de la bailarina húngara. Un pequeño salto y se desvanece para siempre, de la literatura y de la vida. Casada con un barbero. Ron.

“Vienne” es un cuento extrañamente escueto y vasto a la vez. Rhys repite palabras, insiste para dar énfasis. Al principio, el marido, Pierre, es ostentoso en su éxito. Hay dinero por todas partes. ¿Cómo se gana la vida Pierre? ¿Es todo legal? ¿A quién le importa? A Francis no le interesa de dónde viene, siempre y cuando siga llegando.

Está bien tener mucho dinero, está muy bien, sí. Qué bien tener un coche, chofer, anillos, y todos los vestidos que quiera.
Qué bueno el dinero, dinero. Todas las flores que quiero.
Todos los cumplidos que quiero. Todo, de todo.
Oh gran dios del dinero.

Me embriaga. Empiezo a sentirme como si estuviera dando vueltas en un casino en la Viena después de la Primera Guerra, extasiado, borracho, con un esmoquin y los bolsillos repletos de billetes. Pero nada, ni una sola cosa, dura para siempre. Una y otra vez, con una precisión despiadada, Rhys destruye a sus personajes, a sus hombres sí, pero también, especialmente quizás, a sus mujeres: secretarías, copistas, vendedoras. No bien prueban un poco de la buena vida, Rhys las deja sin nada.

Francis describe la cena que comieron en un restaurante. En la mesa que se sentaron, tan solo una semana antes, otra chica, una rusa preciosa, embarazada de pocas semanas, se pegó un tiro en la cabeza.

Tomó el poco dinero que le quedaba para una buena cena y luego ¡bang! Adiós.

Rhys se niega a lamentarse por los hechos miserables que llevaron a esa chica al suicidio, hechos que ella conocía lo suficientemente bien, no le hacía falta hacer ver que eran una rareza. La chica rusa es apenas un destello en la obra de Rhys, como la bailarina húngara. Nos deja a nosotros la tarea de imaginar la escena sangrienta sobre la mesa, esa descripción, esos detalles que tanto pedía Ford. Su brevedad y concisión vuelve todo mucho más aterrador.

Hasta siempre, Viena. Los negocios turbios de Pierre tarde o temprano acaban mal. La pareja debe huir a Budapest, o a Praga. Tienen que vender el coche, pero antes salen a dar un último paseo. Francis le pide a Pierre que conduzca más rápido, más rápido, quiere que esos pedazos de hierro flameen. Tiene la esperanza de dejar todo atrás convirtiéndose en una bola de metal, fuego y gloria. Pero Pierre levanta el pie del acelerador y a Francis no le queda otra opción que vivir un día más, como su creadora. Jean Rhys nunca hizo: ¡Bang! Y adiós.

No se perdió en la bruma. No desapareció. No tener un centavo, ser alcohólica y que no te reediten no quiere decir que dejaste de existir. Desde entonces, algún biógrafo se atrevió a meter las narices. Ahora sabemos muy bien dónde estaba y qué hacía antes de reaparecer. Su primer marido terminó en prisión. Su segundo marido murió. El tercero, como el primero, terminó tras las rejas. Sabemos que estaba en la ruina y se mudaba de ciudad en ciudad. Que nunca dejó de beber y que su salud mental pendía de un hilo. Una vez ella misma terminó en la cárcel por arrojarle un ladrillo a la ventana de un vecino. Por lo menos tuvo una buena razón para hacerlo. El perro del vecino mató a su gato.

A pesar de todo, Rhys siguió trabajando, o al menos trató de seguir trabajando, o no estuvo trabajando del todo sino empezando a trabajar...

La historia fue escrita una y otra vez en las solapas de sus libros. En 1966, con un pie ya en la tumba, de alguna manera logró emerger con el manuscrito de *El ancho mar de los Sargazos* entre sus manos, su obra maestra, la gran novela caribeña de su juventud. Es un buen mito de escritora. Aunque la verdad no es tan ideal. Estaba desesperada y,

como todos, tenía necesidades apremiantes. En 1979, el año en que murió, le dijo a *The Paris Review*:

Un día caminaba sobre la nieve y me sentí tan cansada que pensé: “Al carajo, voy a sentarme. No puedo seguir. Estoy harta de vivir entre la nieve y el hielo”. Así que me senté en el suelo. Pero estaba tan helado que tuve que levantarme.

8

Recuerdo las fiestas en la casa de los Baron. La casa colonial blanca de Les y Vanessa Baron sobre la avenida Linden, con sus columnas y su vista a los barrancos. Les no paraba de refunfuñar sobre las medidas progresistas del gobierno. Compraba y vendía materias primas. Mi papá decía que cuanto más grande la casa, más farsante era el dueño. Pero a él le encantaba esa casa con vistas a los barrancos. Se volvía loco por tener una casa así. Todos la querían.

Vanessa era menuda, elegante y casi siempre se quedaba callada. Tarde en la noche, después de algunas copas de más, se arremolinaba en su silla como una gata mientras los últimos invitados daban vueltas, tratando de captar su atención. Si acaso esas fiestas tenían un núcleo, un corazón palpitante, ese era Vanessa Baron, aunque estuviera medio dormida.

Les no dejaba de refunfuñar contra Jimmy Carter y la proliferación nuclear. ¿Puede alguien cuidar el presupuesto de defensa mientras gobierna este *hippie* pacifista?

Se rumoreaba que Les y Vanessa eran *swingers*, aunque en ese momento estimo que ni mi hermano ni yo teníamos idea de lo que eso significaba. Además, no nos importaba. Bajábamos a los barrancos con los otros chicos. Eran como pozos de hojas muertas. Hacían ese ruido crujiente que suelen hacer las hojas cuando las pisas. Había años de hojas apilados uno encima de otro, y en el fondo una especie de licuado de hojas. Olía a desagüe y al mismo tiempo también olía a algo puro, elemental. Recuerdo además la sensación de estar refugiado, los árboles cubriendo la poca luz que le quedaba al día (las fiestas siempre empezaban al atardecer) y aunque todos los otros chicos gritaban y correteaban por los barrancos, yo podía hundirme en el hedor putrefacto de las hojas y disfrutar de la soledad.

Nuestros padres, todos los padres, estaban arriba, en los límites del jardín de la casa, bebiendo. Unos camareros negros con camisas almidonadas blancas y pajaritas circulaban con bandejas por encima de sus cabezas.

Supongo que tengo que darnos crédito a los chicos por entender algo que debería haber sido obvio para nuestros padres: que los suburbios o, para ser más específico, nuestro suburbio, en la costa norte

del lago Michigan, no era solo un apéndice parásito de la gran ciudad donde ellos trabajaban. No, nosotros entendíamos que habíamos nacido en un paisaje independiente, con una historia propia, con la masacre de sus antiguos pobladores, los Potawatomi, incluida.

Era un lazo endeble, de una sola generación. Nuestros padres habían nacido en otra parte. De esos barrancos, esas cavernas con hojas, de ahí vengo yo. En mis sueños mis pies siguen haciendo crujir esas hojas mustias.

Aunque hoy me pregunto qué cosas pasaban en esas fiestas ¿Será porque me fui de esos barrancos para siempre? Ahora, al menos en teoría, soy uno de esos bobalicones de la fiesta, aunque nadie me haya invitado. Ahí estoy, dando vueltas, de conversación en conversación, siempre atento a la mesa de canapés, embuchando huevos rellenos así tengo la boca ocupada y no tengo que hablar con nadie.

Vanessa Baron se arremolina en su silla, cómoda, descalza. Asiente. Es tarde y quedan unos últimos rezagados, mis padres incluidos, y se forma un círculo en torno a ella. Aunque se trate básicamente de una comatosa, Vanessa sigue siendo una anfitriona denodada que, de alguna forma, sabe exactamente cuándo murmurar una felicitación por un chiste o una anécdota de alguno de los hombres.

Es una imagen que echó sus raíces, creo, en algo que una vez le dijo mi madre a mi padre mientras volvíamos a casa en el coche después de una de las fiestas en lo de Les y Vanessa, con mi hermano y yo hediondos y llenos de barro en los asientos de atrás.

–Y –dijo mi madre– pasa todo el tiempo sentada como si fuera una reina.

–Yo no diría eso. Digamos mejor una princesa perpetua. No estoy seguro de que Vanessa alguna vez pueda llegar a ser reina.

–Es antipática –dijo mi madre.

Mi padre no respondió, aunque el silencio fue elocuente.

Después de un tiempo mis padres dejaron de asistir a las fiestas. Y un tiempo después las fiestas dejaron de ocurrir. Les y Vanessa, como todos los demás, se divorciaron.

¿Qué fue de la vida de Les y Vanessa Baron?

Me gustaría tener algo más que un rumor sobre si eran o no *swingers*, pero todo lo que oí son insinuaciones de tercera mano. Apuesto a que incluso allá, en los suburbios, mis padres y los padres de todos los

otros chicos volvían a casa borrachos y cansados a desmayarse en sus camas, y que al final la idea de compartir la pareja con otros era más bien una fantasía previa a la fiesta que una realidad concreta. Además, ¿cómo iban a hacerlo si tenían que ocuparse de los monstruos empanañados que emergíamos de los barrancos?

Todavía me queda un poco de nostalgia de la decadencia de los años ochenta. Vanessa Baron enroscada en su silla al final de la noche como un borracho triste de un cuento de John Cheever. Una casa blanca enorme, toda iluminada, al borde de los barrancos. Desde el fondo del barranco parecía un transatlántico surcando la noche.

En esos primeros años debían sentirse orgullosos de sí mismos. Por esto emigramos, por esto abandonamos el hollín, el ruido, la cultura, el Instituto de Arte, las librerías, los restaurantes. ¡Piensa en todo el espacio que tendremos! ¡Buenas escuelas públicas! ¡Libres! ¡Sin crímenes! ¡Árboles! ¡Mira cuántos árboles!

Pienso en esos camareros con pajarita, dando vueltas con sus bandejas de plata sobre la cabeza. Me gusta pensar que venían de la ciudad en el tren de los sábados. Recuerdo estar con mi bicicleta junto a la estación del ramal Chicago-Northwestern y verlos bajar ya listos para la noche con sus camisas impolutas y sus pajaritas. Alguien tiene que atender el paraíso. Nada de eso habría existido sin ellos, ni siquiera el verde del césped, ni los árboles, ni esa soledad, ebria y encantadora, tirada sobre la silla.

9

En la tapa de la antología póstuma de cuentos y ensayos de Gina Berriault, titulada *The Tea Ceremony (La ceremonia del té)*, hay una foto de la autora sentada frente a una máquina de escribir. Mira hacia otra parte, sus ojos, apenas abiertos, se ven desconsolados, tiene el labio inferior atrapado entre su pulgar y su dedo índice, como si estuviera buscando una palabra. Hay pilas de libros a sus espaldas. Pero tampoco mira hacia ellos. En la pared asoma lo que podría llegar a ser un dibujo de un árbol boca arriba. Uno pensaría que es una foto preparada, pero hay algo en sus ojos, una distancia, que me hace pensar que realmente está trabajando en una oración en ese instante. Hay una paciencia en las oraciones de Berriault que solo se logra rechazando cualquier tipo de apuro en crearlas. La foto captura la intensidad de la contemplación, es casi demasiado íntima, tiene, de alguna manera, el pulso de sus cuentos. Cinco años antes de morir aceptó que le hicieran una entrevista y habló de *El capote*, de Gógol:

Incluye una descripción del capote del protagonista, sobre cómo el viento se colaba por la parte de atrás del abrigo. No sé por qué esas oraciones me conmueven tanto, supongo que es la forma en que una visualiza cómo la tela se va desgastando sin que él se dé cuenta hasta que se vuelve tan raída que el frío lo sorprende por detrás ¿No es esa la descripción perfecta de una vida?

¿Qué decir de una observación tal que logra alcanzar el alma de un cuento con una simple pregunta? Supongo que puedo decir que esta mañana estoy tratando de aislarme, de visualizar, como dice Berriault, ese instante en que la tela está tan desgastada que deja penetrar el frío en la espalda del protagonista. ¿Acaso no sintió siempre frío? ¿Qué tuvo de diferente esa ráfaga específica como para distinguirla de cualquier otra brisa helada durante la vida del protagonista?

Vuelvo a la ficción de Berriault por la forma en que *destila* un instante. El cuento que le da título a su última antología, “The Tea Ceremony”, está ambientado en California. Todos los cuentos de Berriault son sobre California, pero no se sirve de ningún cliché obvio. Su territorio son los márgenes, la periferia, y sus personajes son los

excluidos, no solo de las fantasías californianas sino excluidos de todo. Estamos en un pequeño pueblo polvoriento al sur de Los Ángeles. Una maestra, la señorita Ferguson, recrea la ceremonia japonesa del té para sus alumnos de sexto grado. Eligió a la niña más guapa del curso para que la ayude y las dos ejecutan cada una de las tareas con paciencia, lentamente. Antes de empezar, la señorita Ferguson y Jolie Lotta admiran la tetera, los delicados cuencos, el batidor de bambú, todo.

Se toman un minuto para hacerlo, mientras la señorita Ferguson emite unos trinos de admiración, deslumbrada por la belleza de los objetos que tiene en frente.

Podría reírme de la señorita Ferguson y sus ridículos trinos, pero a la vez reconozco algo en esa fe casi fanática en la belleza de las cosas. Tal fe en la belleza, solo en la belleza, siempre es una condena. ¿Pero quién no cayó alguna vez bajo sus encantos? La señorita Ferguson sabe que Japón, el pueblo que nos legó esta exquisita ceremonia, también bombardeó Pearl Harbor. Y lo hicieron porque, dice, son traicioneros por naturaleza, como todos los seres humanos.

Delia no es, ni jamás podrá ser, la niña más guapa de la clase. Se imagina, con horror, a la refinada y elegante señorita Ferguson llamando a la puerta de su casa, sin previo aviso.

Si viniera a la hora de la cena, sabría lo peor. Sus sospechas sobre nosotros, porque seguro sospechaba de nosotros, se confirmarían con tan solo mirarnos. Otras familias cenan juntas, pero en mi familia cada persona come por su cuenta. Somos una familia descarriada, una familia abandonada en una choza en medio de los pajonales, sucia, con cortinas raídas que ni siquiera alcanzan para cubrir las ventanas.

Cualquiera que haya tenido una familia disfuncional reconoce esta escena. Una familia descarriada. Y también ese miedo a que las señoritas Ferguson del mundo vean nuestro hábitat natural. “¿Cómo? ¿No se sientan juntos a comer?” Vuelvo a este párrafo tanto que casi se volvió una entidad independiente del cuento. Un párrafo isla, un refugio aislado. Y cada vez que lo hago llevo mi plato de comida a una esquina libre de esa choza manchada por la lluvia y mástico despacio, tratando de percibir el sonido de mi tenedor rascando el plato.

En casa comíamos todos juntos, aunque a veces también separa-

dos, en una mesa redonda de madera tan pequeña que nuestras rodillas se chocaban. No es que no tuviéramos una mesa más grande. En el comedor había una mesa larga que nadie usaba. Ya escribí sobre esa mesa en la cocina. No es cierto eso de que nos liberamos de ciertas cosas escribiéndolas.

Si en mi familia hubiéramos podido refugiarnos cada uno en un rincón de la casa de la avenida Hazel, lo habríamos hecho. Nuestras cortinas estaban perfectamente alineadas con nuestras ventanas, pero eso no tiene la menor importancia. Nos sentábamos, noche a noche, apretujados en la mesa de la cocina. Tratábamos de movernos lo menos posible mientras comíamos porque cualquier cosa podía desatar la furia de papá. Cualquier cosa: una cuchara que se caía al suelo, el hipo, un eructo disimulado. Esto no tiene nada de raro. Hay padres autoritarios por docenas, en los libros y en la vida. El nuestro era un volcán rojo como un tomate en un traje de tres piezas. Lo mirábamos mientras cortaba su carne y tomaba su cerveza Schlitz recién salida del congelador. En una mesa redonda nadie se sienta en la cabecera. Quizás una demarcación tal habría hecho las cosas más simples, nos habría dado un punto de referencia que no debíamos mirar. En un círculo no hay escapatoria. Mi padre, mi madre, mi hermano y yo. Seguimos metidos ahí, porque no hay mayor mentira en la faz de la Tierra que la que dice que el tiempo es lineal. El tiempo es un círculo. Masticamos, tragamos y tratamos de no llamar la atención. La casa ya no está, la demolieron, y sin embargo seguimos intentando pasar la cena sin sobresaltos.

10

El señor Sandy conducía un pequeño coche marrón, un Dodge alto de dos puertas que parecía un sombrero con ruedas. Las clases empezaban los miércoles a las seis y media de la tarde. Esto duró un par de años. Yo no tenía ni el talento ni el interés necesario. El piano yacía en la sala de estar. El señor Sandy y yo pasábamos la mayor parte del tiempo mirando por la ventana. Siempre estaba oscuro u oscureciendo, dependía de la estación. Llegamos a un acuerdo tácito. Él se pasaría la mayor parte del tiempo cabeceando en la silla del comedor mientras yo me sentaba al piano y, de vez en cuando, tocaría algunas notas aquí y allá.

Podía tocar, bastante mal, “Estrellita, ¿dónde estás?”, o el principio de una canción un poco más complicada “My First Waltz” (“Mi primer vals”). El señor Sandy, un hombre olvidable y modesto, con una cara apesadumbrada y regordeta, se sentaba junto a mí en una silla que yo mismo arrastraba desde el comedor hasta la sala cada miércoles. Sus ojos se escondían bajo unas enormes gafas. Colocaba su sombrero encima de su rodilla. Me gusta pensar en esa rodilla, una rodilla que vestía un sombrero. Mi madre, exhausta después de su turno como maestra suplente, casi siempre nos escuchaba desde la cocina mientras preparaba la cena. A veces hacía ruido con una olla y luego hacía mucho silencio para no interrumpir la clase. Supongo que se preguntaría por qué el piano sonaba tan poco. Quizá pensó que el señor Sandy y yo discutíamos sobre teoría de la música en voz baja. Cuando el señor Sandy cerraba sus ojos tras sus enormes gafas, yo me quedaba mirando el jardín por la ventana, donde la luz tenue palidecía y unas ardillas se perseguían entre ellas. Como mi madre, el señor Sandy también llegaba a casa exhausto. El tipo se pasaba las tardes y las noches conduciendo por la costa norte dando clases casa por casa. Sabía que le hacía un favor al no exigirle nada. Supongo que en algún momento fue un apasionado de la música. Todavía puedo tocar “My First Waltz” de memoria, las primeras notas al menos. Empezaba con un do central que subía por la escala pasando por cada nota hasta volver de nuevo al do.

Acumulo fragmentos. A veces, cuando conduzco por la autopista y estoy a punto de quedarme sin gasolina, apago la radio y el aire